

SOBRE AFLICCIONES Y FICCIONES

Rossella Di Paolo

*Tal vez siempre hemos querido que la persona amada
tenga una existencia de fantasma.*

Adolfo Bioy Casares: «La invención de Morel»

Nadie debería poner en duda que el amor es un género literario. La imaginación que se requiere para recrear al ser amado a imagen y semejanza de los propios deseos, no es muy diferente de la que precisa el escritor para cortar y confeccionar un personaje o una legión de ellos. «Que fuera vieja o gorda era lo de menos. Ya su imaginación la desplumaría de todos sus defectos», piensa el pobre Arístides mientras baila con la dueña del bar en su primera aventura nocturna y ribeyriana.

En efecto, que el objeto hacia el cual empiece a dirigir sus pasos la imaginación o la «loca de la casa», como ya alguien la llamó, sea a todas luces feo, agresivo, tortuoso, bobo o tarambana, no importa: menos consciente que Arístides, la demente está lista detrás de la puerta con su borrador, **liquid paper** o su lápiz rojo para empezar a enmendarle la plana a la realidad hasta dejarla convertida en su justo opuesto: en un ensueño sin fisuras, incesante, absorbente, corrosivo e irremontable como la mejor pesadilla.

El empeño que ponemos en no ver lo que se ve, y en ver lo que no se ve, es digno de mejor causa, y esa mejor causa podría ser la creación de un personaje literario con todas las de la ley. ¿Por qué no encaminar tanta furia imaginativa, tanto celo y devoción, a concebir una criatura negra sobre blanco, un ser que deambule sobre cuartillas u ordenadores susurrando palabras de amor, de guerra o de perplejidad? Uno cuya suficiente dignidad y belleza literaria le permitiera -por qué no- irse a tomar unos tragos con Geoffrey Firmin bajo el volcán, o con Zavalita en La Catedral; uno que pudiese acompañar a Gregorio Samsa en su atroz confinamiento, o a Ana Karenina a lanzarse bajo las ruedas del tren; uno que pudiese, en fin, sentarse a esperar con Vladimir y Estragón a que Godot baje el dedo.

Las víctimas del mal de amores, aquéllos que viven frotándose las posaderas o viajando en tubo de ida y de vuelta, pero más de ida; los que certifican que sí, que en la esquina está lloviendo, y profusamente, además, o que no, que no está lloviendo y qué raro que necesites saberlo justo ahora... tienen, sin duda, un corazón enfermo de imaginación que sólo reacciona, si reacciona, cuando descubre que le han atravesado un palito y está chamuscándose sobre la parrilla.

Sí, quizá fuese mejor para ellos abandonar la tarea ingrata de convertir a esquivos seres reales en imposibles personajes de ficción, y dedicarse a crear personajes de ficción **ab ovo**, desde el principio. Al menos estos hijos de sus propias manos no les saltarán a la cara esgrimiendo frases célebres hasta la tristeza como: Yo no te quiero (o te quiero pero no te amo, o te amo pero no sé); nunca te dije nada (nada me duele más, más no puedo darte); seamos amigos (para contarte cómo se me insinuó X /cómo me acosté con Y / cómo amo, ahora sí, a Z). A no ser que se trate de algún caso de masoquismo irredimible, y el doliente recién convertido a la literatura se parezca a Unamuno y perpetre esos personajes de niebla que se le aparecen para torturarlo con argumentos varios y a cualquier hora, con lo que en realidad no se ha resuelto nada.

Y tampoco se resuelve nada si los vientos de la literatura no les son propicios a estos conversos, y la novela, el cuento o el drama en el que se embarcaron en un viaje de olvido tiende a encallar cada tres líneas, y el objeto de amor nacido de sus manos naufraga tan miserablemente como los de carne y hueso, balbuceando frases más célebres y más tristes que las arriba citadas, y ocasionando estropicios sintácticos y problemas temporespaciales de solución imposible.

En caso de tan penosa incompetencia (certificada por un corrector de estilo tocado de nervios), no quedaría sino el recurso de enamorarse de personajes de la ficción ajena. La ventaja de este sistema es que, con toda seguridad, el converso ya lo ha puesto en práctica, y sin siquiera proponérselo, pues los arrobamientos literarios decisivos se producen a temprana edad, y el candor y la felicidad de esos primeros amores nunca se olvidan. Los tres mosqueteros, Sandokán, el capitán Ahab, el capitán Nemo, Jo March, John Silver, Frodo, Simbad, Gulliver (y en alas del futuro Matilda, Harry Potter...) aparecen casi siempre en las evocaciones emocionadas de cualquiera que sobrevivió, o sobrevivirá, a su propia infancia.

Recordando el sarampión que a los 10 años lo retuvo en cama con un arsenal de libros, Fernando Savater anota en **La infancia recuperada**: «Jack London fue el mayor descubrimiento de aquella temporada en el paraíso... De vez en cuando dejaba el libro abierto (**El peregrino de la estrella**) sobre la colcha y cerraba los ojos en un trance de dicha tan intenso que me entraban ganas de llorar. Una felicidad inmóvil, libresca, egoísta, me diréis, fabricada con aislamiento y mimo. Lamento que la memoria no sea moral, pero estoy seguro de que fue entonces y sólo entonces cuando me sentí feliz.»

Por fortuna, esa felicidad, que es también la del amor pero sin sus miserias, puede prolongarse durante toda la vida y, si no, que lo digan las horas que uno puede pasarse con un libro, con muchos libros, con todos los libros, que casi siempre es pasarse con este, ese o aquel personaje en un estado de gracia que ya quisieran algunas parejas para los días de fiesta. Y no hay fronteras para ese amor que bien puede lanzar sus flechas desde una prosa larga y despaciosa, bien desde una breve y contundente. Así como el Ricardo Reis –que Saramago construye a partir del heterónimo de Fernando Pessoa– nos seduce como en los tiempos de nuestros abuelos, de un modo complejo y misterioso a lo largo de 600 cuartillas..., el entrañable Seymour Glass vive en nosotros más allá del balazo que segó su vida de pocas páginas en ese día perfecto para el pez banana. Tampoco le preocupa al amor si los personajes son hijos del hexámetro y del endecasílabo, como Odiseo y Beatriz; o de las tablas, como Antígona y Hamlet. O si son etéreos como el Amadís, o salvajemente sensuales como Stanley Kowalski. Y menos, mucho menos, si son de aquéllos que andan solos sobre una roca, como Robinson Crusoe, o solos dentro de su mente, como **El extranjero**; o si, en cambio, son de los que se confunden entre las huestes del Cid o la progenie de los Buendía.

Amamos a los personajes de ficción por razones distintas por las que amamos a seres reales. Lo que aceptamos entre la tapa y la contratapa de un libro nos sería, con frecuencia, intolerable en la vida real. Dificulto que alguien acepte pasar cinco minutos seguidos frente a un Bartleby verdadero y, sin embargo, ese alguien volvería una y otra vez sobre el relato de Melville para reencontrarse maravillado, con ese ser inmóvil que a todo responde con suavidad «Preferiría no hacerlo».

Esta superioridad del arte sobre la vida explica la gran cantidad de tiempo que –a despecho de nuestra corta existencia- estamos

dispuestos a concederle a la literatura, y explica también por qué tantas veces nos sentimos más a gusto en compañía de seres fabulados que de personas reales; no de todas, por supuesto, pero sí de muchas con las que podemos cruzarnos a diario y que a pesar de mostrar un DNI, grandes ambiciones y hartazgo, no logran persuadirnos de su existencia, como sí lo hacen los habitantes de los libros.

Los seres de ficción, no sólo los que viajan al centro de la tierra, vuelan puentes en nombre de la república española, buscan el halcón maltés, escriben como locos en cuadernos azules y rojos..., sino incluso los que se limitan a estar muertos como aquel ahogado, el más hermoso del mundo, o a vivir como se pueda, día a día, sin mucha ilusión, como los personajes carverianos, tienen más que proponernos y con mayor intensidad que nuestros compañeros de especie.

Desde los seres desprendidos que, como Larry Darrell, parecen levitar sobre el filo de la navaja, hasta aquéllos que viven del filo de la navaja como el sanguinario Kurtz de **El corazón de las tinieblas**, los personajes literarios nos iluminan o entenebrecen, libro tras libro, con un sentido complejo de la belleza, la soledad o el horror, que la vida nos reserva sólo en ocasiones especiales. Pero esto, que es una cualidad, también es un peligro, pues más de un cándido lector ha sucumbido al delirio de creer que los personajes de ficción pueden encontrar equivalentes en seres de carne y hueso. Creerlo es caer en una trampa, volver a fojas cero (al palito y la parrilla), pues muchos amores imposibles empiezan así. Allí están las desventuras de don Quijote y de Emma Bovary para recordarnos que se equivoca quien cree que hay vida más allá de la literatura.

...Aunque alguien por allá se la pasa cantando que la vida nos da sorpresas. Y eso, amable lector, también es verdad.